

INTOLERANCIA Y CULTURA POLÍTICA DE LA VIOLENCIA EN ESTADOS UNIDOS*

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ*

A ningún estudioso o conocedor de las realidades pasadas o presentes de Estados Unidos le pasaría por alto la recurrente presencia de un definido y notorio componente de violencia institucionalizada, que reaparece con intermitencia a lo largo de su devenir histórico como nación, manifestándose tanto al nivel del sistema político como de la sociedad civil y la cultura¹. De manera regular, el ejercicio de esa violencia se incuba en caldos de cultivo tan saturados de intolerancia, que ésta opera como justificación y legitimación ideológica de las acciones violentas que promueven entonces el Estado, los partidos o grupos de interés. En ese sentido, la historia norteamericana, con base en determinados hitos y etapas, ha sido un repertorio de excesos, a través de los cuales se han violado una y otra vez derechos constitucionales básicos de los ciudadanos, en el plano interno, y se han argumentando violaciones sistemáticas de la soberanía e

* El presente ensayo amplía y actualiza las ideas expuestas por el autor en la ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre "EEUU y los significados del 11 de Septiembre", realizada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana en julio de 2002, en el marco del XX Aniversario del inicio de los Encuentros entre Filósofos y Científicos Sociales Norteamericanos y Cubanos, auspiciados por la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas, la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, el Instituto de Filosofía del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente y la Asociación de Filósofos Radicales de EE.UU.

* Investigador y Director del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU), de la Universidad de La Habana.

¹ Destacados escritores, periodistas, cineastas y científicos sociales en EE.UU. han llamado la atención sobre ello, con un enfoque crítico, fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XX. Entre otros, sobresalen nombres como los de Gore Vidal, Walter Lippman, William Appleman Williams, Arthur Penn, Oliver Stone, Charles Wright Mills, Gabriel Kolko, Noam Chomsky y James Petras.

integridad territorial de otros países, en la arena internacional. Generalmente, la apelación a esas acciones --cuya organicidad, consistencia y persistencia permiten considerarlas, en su conjunto dinámico, bajo una perspectiva sistémica, como una cultura política de la violencia, en la medida que no constituyen actos aislados ni únicos, sino que se integran en un expediente sociohistórico que se reproduce-- se afincan en una visión conservadora, en una pretendida protección de la pureza étnica, racial y cultural de la nación, junto a una vocación mesiánica y chauvinista, que implanta previamente el referido ambiente intolerante, en el momento de que se trate.

Aunque los presupuestos ideológicos y psicosociales que sostienen y nutren esa cultura poseen estabilidad y permanencia, la misma se expresa de modo discontinuo, bajo el condicionamiento de acontecimientos y circunstancias que la estimulan o catalizan. Así, por ejemplo, por acudir solamente a situaciones del siglo XX, recuérdese que la década de 1920, en el marco de las secuelas de la primera guerra mundial, fue escenario de un profundo clima de racismo y xenofobia, de nativismo patriotero que proclamaba una campaña contra los intelectuales que, presuntamente, amenazarán lo que se consideraba el auténtico espíritu norteamericano puro, es decir, las tradiciones WASP². El resurgimiento del Ku Klux Klan y la ejecución de Sacco y Vanzetti se ubican en ese contexto. Por su parte

Otra ilustración gráfica se halla en los años de 1950, cuando la tenebrosa era del macarthismo impuso una similar atmósfera de persecución contra toda manifestación, intelectual o política, que pudiera “atentar” contra los valores esenciales de la nación y la cultura estadounidenses, en medio de una irrespirable histeria anticomunista, definida por la obsesión conspirativa contra la seguridad

² Como se sabe, el término WASP, convencionalmente aceptado en las ciencias sociales y humanísticas, se refiere con un sentido clasista al sector de población blanca, de origen anglosajón y filiación protestante (y conformado a partir de las siglas correspondientes, en inglés, al White Anglo-Saxon Protestant), considerado como exponente típico del norteamericano de clase media, con mentalidad conservadora, asumido principalmente por la historiografía, la sociología, el periodismo y la literatura, como patrón sociocultural.

nacional. En esa época se aprobó la ley Mc Carran, de Seguridad Interna, surgió la reaccionaria Sociedad John Birch y se ejecutó a los Rosenberg³.

Entre otras ejemplificaciones que introducen jalones en la historia contemporánea de Estados Unidos, definiendo antesalas de intolerancia que conducen a períodos oscuros donde se entroniza la cultura política de la violencia como recurso de “salvación” ante problemas cuya envergadura ponían en peligro, según se pretextaba,, la estabilidad, la gobernabilidad o la seguridad de la nación, los actos terroristas contra los rascacielos de Wall Street y las instalaciones del Pentágono, sin lugar a dudas, ocupan en la actualidad el primer lugar, como punto de obligada referencia.

El presente ensayo, sin embargo, no se detiene en el examen del 11 de septiembre del 2001 como tal ni tampoco indaga en sus repercusiones, lo cual ha sido ya objeto de reflexiones y estudios anteriores⁴. Más bien se propone argumentar --tanto a la luz de la violencia implicada en los terribles atentados de ese día como de la no menos violenta reacción del gobierno de George W. Bush, que desata la paranoica atmósfera doméstica y la gigantesca operación bélica intervencionista, cínicamente denominada “**Justicia Infinita**”--, la visceral naturaleza intolerante de la ideología política de la clase dominante de Estados Unidos. Con ese propósito, el trabajo incursiona con brevedad en algunos pasajes de la trayectoria política de ese país, procurando destacar dimensiones sobresalientes de la intolerancia norteamericana, que con un marcado carácter reaccionario, asumen el empleo generalizado de la violencia, bajo determinadas condiciones históricas, como práctica definida y aplicada con criterios político-gubernamentales, contra individuos, grupos sociales o Estados que son descalificados con conceptos segregacionistas y xenófobos (por razones étnicas, raciales, ideológicas). El análisis pretende mostrar que ambos componentes --la intolerancia y la violencia-- se entrelazan en una especie de amalgama que contribuye a dar cuerpo a la cultura política nacional, troquelada por las circunstancias e imperativos que de manera peculiar condicionaron la evolución

³ Citar expresiones de control en ambas épocas, etc. Moyano.....

⁴ Jaramillo, Alzugaray, Soraya, y del exterior.....Chomski, Petras, etc.....

del colonialismo, el capitalismo y muy especialmente, del imperialismo en Estados Unidos. Pese a su evidencia palmaria, esta realidad ha sido minimizada, relativizada, cuando no ignorada, o tergiversada, por una parte del pensamiento político y la ciencia social norteamericana, cuyos intelectuales orgánicos reproducen el viejo mito, funcional a la ideología de las clases dominantes, que demoniza aquellos actores internos que supuestamente desnaturalizan la cultura y valores de la sociedad estadounidense e insiste unilateralmente en el carácter externo de los peligros y amenazas, también satanizados desde esa óptica determinista ⁵.

I. Una ojeada a la historia para entender el presente.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 que destruyeron las célebres torres gemelas del World Trade Center , en Nueva York, y una parte de las instalaciones del Pentágono, en Washington, estremecieron a la sociedad norteamericana, conmovieron a la opinión pública mundial y marcaron la historia contemporánea con un acontecimiento, en su escala, sin precedentes. Como se ha dicho con razón, no se trataba de que fuesen hechos criminales inéditos, en tanto existían antecedentes similares en el pasado, basados en el ejercicio de violencia desbordada, o aún de mayor alcance. Un renombrado intelectual, como el lingüista y politólogo norteamericano, Noam Chomsky, reconocería, en ese sentido, que “los ataques terroristas fueron grandes atrocidades”, pero precisando que, de modo contrastante, “por su dimensión, puede que no haya alcanzado el nivel de muchos otros”; e ilustraba a renglón seguido con acciones genocidas promovidas por la política hegemónica, de doble moral, de Estados Unidos, mencionando el caso de los bombardeos de la administración Clinton en Sudán.⁶ Desde esta perspectiva, la prolongada guerra contra Vietnam, la del Golfo Pérsico y la infernal cruzada actual contra Afganistán, entre otras acciones, pueden sumarse a su ejemplificación.

Entre las diversas significaciones que posee el 11 de septiembre, una de las que desde el punto de vista subjetivo convierte a los acontecimientos terroristas

⁵ no se desconoce corrientes críticas.....

⁶ Noam Chomsky

de ese día en un hito trascendente para la situación mundial, es su marcado simbolismo. Fueron ataques a símbolos del poderío mundial --económico y militar-- de Estados Unidos y, hasta cierto punto, de la cultura norteamericana. Se cometieron “contra centros simbólicos y reales de uno de los imperios más poderosos que ha conocido la historia, ante la mirada atónita y espantada de millones de otros seres humanos y en un momento en que Estados Unidos, país de origen y residencia de la mayoría de las víctimas, parecía constituir una fortaleza inexpugnable y su gobierno --un gobierno de dudosa legitimidad-- proyectaba su política internacional con singular arrogancia y unilateralismo”.⁷ En esa medida han tenido un profundo y perdurable impacto para la vida cotidiana, la psicología nacional y la cultura política en la sociedad estadounidense. A tales acontecimientos se enlazan, de forma inseparable, las ulteriores diseminaciones y ataques de ántrax, dirigidos principalmente a los círculos y ciertos miembros del Congreso. Todo ello ha contribuido a mantener viva la sensación de ansiedad, temor, desconfianza, a nivel de la población y de las estructuras políticas, y a alimentar los imperativos de la supuesta “defensa” de la seguridad nacional, sobre la base de la racionalidad de la llamada guerra contra el terrorismo, con expresiones dentro y fuera del territorio norteamericano. Ello supone crecientes apelaciones a un expediente intolerante, de violencia ilimitada, que lejos de ser ajeno a la cultura nacional, se encuentra incrustado en el mismo tejido socioclasista e ideológico de Estados Unidos.

Una simple mirada retrospectiva conduce a un incidente no muy lejano, que pareciera olvidado, a pesar del traumatismo que conllevó. El 19 de abril de 1995, un camión-bomba, cargado con aproximadamente media tonelada de explosivos destruyó una instalación estatal en Oklahoma. El edificio Alfred Murrah contenía numerosas oficinas federales en el Estado, además de una guardería, y en condiciones normales, se concentraban en él, diariamente, unos 500 empleados, sin contar los visitantes. El atentado ocasionó la muerte a 168 personas, entre ellas, niños. Ese mismo día, otros 17 edificios del gobierno norteamericano, en diferentes ciudades y Estados, recibieron amenazas dinamiteras.

⁷ Carlos Alzugaray “El 11 de septiembre y la incertidumbre”,

Por si fuera poco, varios años antes, el 29 de febrero de 1993, otra acción terrorista deterioraba, con explosivos, nada menos que 5 pisos de las torres del World Trade Center, instalación que, desde luego, desde esa fecha y aún mucho antes ya poseía el mismo simbolismo que ocho años después, cuando serían destruidas: representaban el corazón del capital financiero en Wall Street. Aquél atentado, además de provocar numerosos heridos, le costó la vida a cinco personas.

Está claro que, por su magnitud, esos acontecimientos no eran comparables a los incidentes del 11 de septiembre de 2001. Pero lo sucedido ponía el dedo sobre una vieja yaga de la sociedad norteamericana. Al menos en el caso de Oklahoma, los autores eran ciudadanos estadounidenses y estaban ligados a tendencias de extrema derecha, cuya presencia tiene antigua data en la historia nacional. Ambos sucesos dejaban claro, a escala doméstica e internacional, la existencia de grupos e individuos identificados con el terrorismo interno, así como su capacidad y potencialidad de ejecución de acciones violentas de destrucción masiva. Con tales antecedentes, está de más preguntarse si le hacían falta mayores evidencias a la sociedad norteamericana, incluido en primer lugar el Gobierno, para preocuparse al respecto. No obstante, no sería hasta el 11 de septiembre de 2001 que sería planteado el asunto desde el punto de vista de la defensa de la seguridad nacional, sobre todo en su dimensión interna. Y aunque no se descartaban a ciudadanos estadounidenses como posibles autores (pero sobre todo, se buscarían cómplices, bajo la certeza de que los responsables serían extranjeros), lo cierto es que ni siquiera bajo circunstancias tan críticas y conmocionantes, se colocarían encima de la mesa el fértil terreno proporcionado por la propia historia nacional. Pareciera como si el medio propicio dentro del cual se masacró a los indios nativos, se les despojó de sus tierras y se les limitó a humillantes reservaciones, donde se explotó a los negros esclavos de origen africano y se les sometió posteriormente a un régimen de discriminación, en el que se persiguió a sindicalistas, intelectuales y políticos por sus ideas comunistas, fuese un territorio y un marco social ajeno, externo, lejano, extraño, a la sociedad norteamericana.

Una vez más, en la historia de Estados Unidos se apelaba a circunstancias favorables para responsabilizar a minorías étnicas, ciudadanos extranjeros, países subdesarrollados, movimientos sociales progresistas, ideologías radicales, Estados nacionalistas y gobiernos antiimperialistas, de los peligros y males que aquejaban al país. Como en anteriores períodos --quizás el más cercano es el de la llamada revolución conservadora, encarnada durante 3 mandatos presidenciales republicanos por Reagan y Bush, padre--, cuando se lanzó aquella cruzada anticomunista contra el denominado *imperio del mal*. Como lo había diagnosticado tempranamente Lenin, la superestructura del imperialismo se caracteriza por el viraje de la democracia a la reacción, en toda línea. En esta oportunidad, la política imperialista norteamericana, después del 11 de septiembre de 2001, se afincaba en esa tragedia para emprender una nueva y simbólica ola de intolerancia y violencia --que más que ripostar procuraba superar de manera simbólica a la agresión-- , bajo el eufemismo de la lucha contra el terrorismo, de la *"Justicia Infinita"*. Se aprovechó la ocasión para redefinir un "nuevo" enemigo interno y público, una "nueva" percepción de la amenaza, una vez desaparecidos los presuntos "peligros" domésticos y externos de la época de guerra fría.

Más allá de los lugares comunes que constituyen las realidades de que en ninguna de las dos guerras mundiales fue invadido el territorio de Estados Unidos, y de que, en rigor, el país nunca fue escenario, durante el siglo XX, del dramatismo de la destrucción y la guerra, hay que recordar que la única situación así conocida en la historia norteamericana sería aquella, en 1814, cuando el ejército británico ocupó la ciudad de Washington y prendió fuego al Capitolio y la Casa Blanca, en el marco de confrontación con las potencias coloniales europeas, en el siglo XIX. El enemigo actuaba "dentro" del país, pero un enemigo externo. Desde luego, tales codificaciones todavía no operaban en el pensamiento político norteamericano de modo explícito. Eran aún los tiempos en que la joven nación estadounidense pugnaba por consolidarse, cuando el signo revolucionario denotaba al naciente Estado burgués que enfrentaba la dominación colonial del Viejo Mundo. En aquél entonces, si bien la vocación expansionista estaba prácticamente esbozada desde el fragor de la revolución de independencia, aún

no se habían decretado el monroísmo ni el destino manifiesto como soportes doctrinales del hegemonismo hemisférico ni había comenzado el avance hacia el Oeste. Sin embargo, las consideraciones que colocaban, por ejemplo, a los indios nativos (los reales pobladores autóctonos, que ya estaban allí) y a los negros procedentes de África (esclavizados y llevados allí a la fuerza), en niveles infrahumanos que justificaban el desprecio, la sumisión y el exterminio mediante la violencia masiva, estaban prefiguradas en la cultura política estadounidense con anterioridad al advenimiento de la fase imperialista, a causa de las peculiaridades históricas relacionadas con la colonización inglesa en América del Norte, con las características de su territorio y población y con la manera *sui generis* en que se implantaron las relaciones de producción capitalistas, el liberalismo, las tradiciones morales y religiosas europeas, en ausencia de estructuras feudales o absolutistas contra las cuales reaccionar.

Como es bien conocido, la colonización inglesa se inicia en el siglo XVII por los territorios norteamericanos en los que se establecen las trece colonias, teniendo como protagonistas a individuos que actuaban cual portadores materiales y espirituales del modo de producción capitalista, del mercantilismo, las relaciones clasistas en que estaban inmersos, la ideología política liberal y el puritanismo protestante, prevalecientes en su país de origen. Los rasgos de la Norteamérica de entonces, sin instituciones feudales, con una población india nativa cuyo nivel de desarrollo civilizatorio era inferior al de las culturas indígenas, pongamos por caso, de Mesoamérica, se traducían prácticamente en una falta de contrapeso a la carga ideológica y cultural de los colonizadores ingleses.

La heterogeneidad socioclasista de estos últimos, junto a las difíciles condiciones de la temprana vida colonial, que exigían gran fuerza de voluntad a los pobladores y la creciente conciencia de autonomía frente a la metrópoli británica, propiciaron la gestación de valores que, de manera ecléctica, se irían fundiendo en el crisol norteamericano, a tono con las circunstancias encontradas y con las que se iban creando y transformando a lo largo del proceso de desarrollo de las colonias, primero, y de formación de la nación, después. En ese sentido, tanto por acción como por reacción, se van incrustando los componentes centrales

del tejido ideológico y cultural de lo que sería posteriormente la sociedad estadounidense: liberalismo, individualismo, idealismo, exaltación de la propiedad privada, sentido mesiánico, sentimiento antiestatal, apego a la tradición. De esa síntesis emergería lo que algunos autores han denominado como “el credo norteamericano”, es decir, una suerte de consenso básico o de alto nivel de acuerdo en relación con las formas de organizar política y económicamente la vida de la nación. Ese “credo” ha servido a lo largo de la historia como fuente de identidad de los estadounidenses, toda vez que en él se mezclan y coinciden, pongamos por caso, elementos de liberalismo y conservadurismo, que en las experiencias europeas eran tendencias contrapuestas.⁸

Con independencia de las manipulaciones recurrentes, casi constantes, de que han sido objeto, esos componentes retroalimentan, desde el punto de vista ideológico y cultural, al único modo de producción que ha conocido, durante toda su historia, la sociedad norteamericana: el capitalismo, estimulando autopercepciones de superioridad y prepotencia, posiciones individualistas, nacionalismo chauvinista, visiones racistas, xenófobas e intolerantes, atravesado todo ello por una determinada predisposición al uso de la violencia, bajo condiciones supuestamente “legítimas”, avalada por la apelación necesaria que de ella hicieron los colonos, enfrentando animales y tribus hostiles, en sus primeros tiempos, y a los soldados de la Corona, después, en el marco de la revolución de independencia.

Es ese el contexto en el que en la sociedad norteamericana florece un conservadurismo dentro de una matriz liberal, que afirma una concepción puritana, tradicionalista, determinista, intransigente, autosuficiente, elitista, que nutre desde bien temprano la cultura nacional y se proyecta, entre otras maneras, con una orientación reaccionaria, intolerante, frecuentemente violenta, contra toda tendencia que argumente o promueva cambios, hacia todo aquello que se considere un apartamiento o desviación de sus propuestas centrales.

Así, dentro del gran mosaico ideológico que se observa en la cultura política norteamericana, las corrientes de derecha o conservadoras encuentran un espacio

⁸ fuente, tesis.....

favorable para su despliegue y reproducción. Entre ellas, las conocidas como derecha radical o extrema derecha, son precisamente las de mayor beligerancia, favorecedoras de toda suerte de segregacionismo, intolerancia y violencia⁹.

Para resumirlo con palabras que no son nuestras,

“históricamente, las manifestaciones de extrema derecha han sido expresiones que pretenden revivir el pasado, ese ayer que sus defensores consideraran que tuvo su esplendor en la época del liberalismo temprano, cuando el gobierno se limitaba a desempeñar la función de ser el vigilante de la seguridad de los ciudadanos, cuando la economía era regida por las leyes del mercado y cuando el hombre tenía la libertad de poder disfrutar de los bienes terrenales en la medida en que su iniciativa individual lo llevara a triunfar en el negocio de la vida. En este esquema de sociedad en el cual las mujeres, los indios, los negros y el resto de las minorías étnicas y religiosas no eran sujetos dignos de ser considerados en las decisiones políticas, el control del país quedaba en manos de los anglosajones y protestantes (White Anglo-Saxon-Protestant, WASP). Son estas reglas impuestas por la clase dominante durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, las que la derecha radical defenderá como las únicas verdaderas, por constituir, según su visión, los valores esenciales de la sociedad norteamericana. Cualquier pequeña mutación que se registre en ellas, será un estímulo para la emergencia de movimientos reaccionarios que se pronunciarán por la preservación de esas leyes fundamentales e inmutables. En este sentido, el fundamentalismo —que siempre ha sido un elemento característico de la derecha radical— vendrá a conformar un ‘cuerpo de verdades divinas y eternas, bíblicas y seculares. En cuanto a lo religioso, buscará retornar a la interpretación literal de la biblia, mientras que en lo político hará un llamado por regresar al americanismo y al constitucionalismo’.¹⁰

Podría afirmarse que en buena medida, orientaciones ideológicas como las descritas son las que han definido prácticas como las que han dado vida a grupos de extrema derecha, como el Ku Klux Klan, la Sociedad John Birch, la Asociación Nacional del Rifle, la Fundación Nacional Cubano-Americana, a movimientos fanáticos como los denominados “nuevo nativismo” y “derecha religiosa”, o a

⁹ jorge y mery, etc.....

¹⁰ remitir a fuente p. 321 KKK

gobiernos como los de Ronald Reagan y George W. Bush. En todos esos casos, como también en otros muchos, el común denominador radica en su intolerancia y en el consenso en torno a la cultura política de la violencia, expresadas a través de manifestaciones aberradas de racismo, antirradicalismo, xenofobia y belicismo.

II. La transición imperialista y la Cultura de la Violencia contra los indios: La intolerancia y la primera “limpieza étnica”.

Durante la década que se inicia en 1890, alcanzarían su clímax las contradicciones inherentes al desarrollo del capitalismo norteamericano, afianzándose los efectos del proceso de concentración del capital y las riquezas en muy pocas manos, de establecimiento de los grandes monopolios industriales y articulación de una estructura socioclasista definida por una profunda polarización y desigualdad. Así, en los años que siguen a la guerra de secesión y al ulterior período conocido como reconstrucción, se propicia el camino para que los grupos de poder económico y político del Norte extiendan paulatinamente, a lo largo y ancho de los Estados Unidos, el modelo de capitalismo industrial y se despliegue el proceso de consolidación nacional. El capitalismo premonopolista alcanza su plenitud en dicha época, y se crean las condiciones para el paso al imperialismo en el último decenio del siglo XIX.

Esa década será el escenario, por tanto, del desarrollo de tendencias y hechos que expresan la transición hacia la fase imperialista. Entre ellos, la culminación de la expansión acelerada hacia el Oeste, la colonización y ocupación de sus vastos territorios, con el consiguiente desplazamiento poblacional hacia éstos, las sucesivas oleadas de inmigrantes, el auge del mercado interno, el crecimiento industrial, la revolución tecnológica, el dinamismo financiero, la construcción del ferrocarril y las líneas férreas, la creación de rutas transcontinentales, la inauguración de los servicios de telégrafos y teléfonos, marcarán decisivamente la fisonomía clasista, social y cultural de los Estados Unidos. En este sentido, en la misma medida en que, por ejemplo, la recomposición socioeconómica en el Sur conllevaba la agitación del racismo contra los negros, la conquista del Oeste implicaba la matanza y exterminio de los indios, ante la resistencia a ceder sus

tierras, y el fortalecimiento del movimiento obrero iba acompañado de una ofensiva antisindical. Tales expresiones de intolerancia, con antecedentes en la cultura nacional explicables a la luz de las circunstancias y factores históricos que convergieron en el desarrollo de la vida colonial y la formación de la nación, a lo cual se ha hecho referencia en el epígrafe anterior, reciben el condicionamiento de la nueva fase, en las postrimerías del siglo XIX, y empalman con gran armonía con las actitudes políticas, sociales y culturales que acompañarán un tiempo después la cristalización del imperialismo norteamericano en las primeras décadas del siglo XX, al reavivarse la intolerancia y el expansionismo, tanto a nivel interno como exterior, como parte del entramado que se forja luego de la primera guerra mundial, al emerger los Estados Unidos como la primera potencia en la arena internacional y asumir el temprano rol protagónico en la confrontación ideológica con el socialismo que encarnaba la Revolución de Octubre .

Es precisamente dentro de ese entorno, que culmina uno de los capítulos más oscuros en la historia de la intolerancia y de la manifestación más elocuente de la cultura de violencia norteamericana en el siglo XIX: el despojo, sumisión y exterminio de la población verdaderamente autóctona de Estados Unidos: los indios nativos, maltratados por la literatura, la historiografía y el cine con el término de *indios pieles rojas*.

Esa historia de injusticia tiene como colofón la fecha, tristemente célebre, de la mañana del 29 de diciembre de 1890, en que tiene lugar la masacre de aproximadamente 300 indios (hombres, mujeres, ancianos y niños) en la localidad de Wounded Knee, en el área donde aún permanece la reservación india de Pine Ridge, por parte de los soldados del Séptimo Regimiento de Caballería¹¹.

Como ya se sugería desde el epígrafe precedente, por encima de las diferencias que caracterizaron la colonización inglesa de los territorios de América

¹¹ . Este dramático acontecimiento, que simboliza la naturaleza despiadada, violenta, racista, del fenómeno imperialista norteamericano, ha perdurado en la memoria histórica gracias al poema del escritor Stephen Vincent Benét titulado **American Names**, y sobre todo, al libro del historiador Dee Brown, **Bury My Heart at Wounded Knee**. , Brown da inicio a su obra, justamente, con el último verso del mencionado poema de Benét, cuyo extraordinario sentido patético y conmovedor sugiere al historiador el nombre de su libro: "Yo no estaré allí. Me levantaré y pasaré. Entierren mi corazón en Wounded Knee".

del Norte que dieron lugar a las conocidas 13 colonias, embrión de los actuales Estados Unidos, cuando se le compara con las prácticas coloniales de España y Portugal en las tierras de América Central y del Sur, un aspecto común es la esencia de humillación, despojo, destrucción y genocidio que conllevó el empeño “civilizatorio” europeo para la vida y cultura de las poblaciones autóctonas americanas. Si bien en un sentido el destino de los aztecas, mayas e incas, por resumir en ellos a los habitantes originarios de Nuestra América, y el de los llamado indios pieles rojas norteamericanos no fué idéntico, no es menos cierto que en términos de saldo histórico sufrieron una realidad similar: la explotación, sometimiento, exterminio, marginación, exclusión. En el caso de los indios norteamericanos, la manipulación de su imagen, la tergiversación de su lugar y papel en la real historia nacional, se suma de manera destacada como un elemento adicional, a lo anterior. Bastaría con retener, acudiendo a un ejemplo bien conocido, el humillante y tradicional tratamiento que se les ha otorgado a través de los poderosos medios de difusión masiva —en especial, el cine— y del sistema educacional en los Estados Unidos, visible esto último en muchos libros de texto, que por fortuna han ido siendo superados. En contraste, pongamos por caso, con el olvido al que la ideología burguesa oficial dominante en la mayor parte de los países latinoamericanos ha condenado a través del cine a las poblaciones indígenas, omitiendo generalmente la mención, referencia, tratamiento, a su protagonismo, significado y características, en la sociedad estadounidense el indio ha sido reiteradamente presentado como un elemento negativo, estereotipado y adulterado, casi de obligada referencia, al fijar los componentes y valores de la cultura norteamericana. La prolífera producción cinematográfica de la década de 1950 consagraría, como un lugar común, aquella imagen feroz del llamado indio piel roja (apache, sioux, cheyenne) que arrancaba, sin misericordia, el cuero cabelludo a los blancos, denominados caras pálidas, dentro de escenas espectaculares que obviaban matizaciones, encuadramientos históricos, visiones complejas. La historia de buenos y malos, héroes y villanos, también presente, desde luego, en la literatura, la historiografía y otras ciencias sociales, simplificaba y omitía nociones como las de colonialismo, despojo,

genocidio, antagonismos de clase, prejuicios raciales, opresión y resistencia culturales, expansionismo, capitalismo.

Bajo la influencia de un movimiento intelectual progresista y crítico, algunas películas comienzan a retomar el tema, a partir de los años de 1970, con una óptica crítica y desmitificadora del habitual enfoque tendencioso que presentaba como héroes y hombres generosos a cow boys y a los soldados de la caballería, que destacaban unilateralmente, por ejemplo, el heroísmo del general Custer, al mando del séptimo regimiento de caballería, y la matanza de que fueron objeto sus hombres en Little Big Horn, el 25 de junio de 1876, a manos de indios sioux y cheyennes, caracterizados con impulsos y rasgos asesinos¹². El libro de Dee Brown, escrito en 1970, en gran medida, anticipador e inspira esas visiones esclarecedoras. Dicho autor se refiere a la masacre de Wounded Knee en términos de “el simbólico final de la libertad de los indios”, y reclama la necesidad de reivindicar históricamente a estos últimos: “Ahora, un siglo después, en una época sin héroes, ellos son quizás los más heroicos de todos los norteamericanos”.¹³ Con ello quebraba el monolitismo y el hegemonismo del enfoque simplificador, reproductor de la interpretación racista, despectiva, marginalizadora¹⁴.

Para entender en toda su extensión la significación de la historia de intolerancia y violencia que termina en Wounded Knee, quizás sea suficiente una visión panorámica como la que sigue, al situarla en un contexto que resume la esencia de la presencia india, de ayer y de hoy, en esa nación, y fijar sus dimensiones ideológicas, políticas y culturales, con un sentido de recuperación necesaria del pasado que nos obliga a repensar el presente :

¹² Little big man, dances with wolves, soldier blue

¹³ Dee Brown, **Entierren mi corazón en Wounded Knee**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 35.

¹⁴ Cineastas como Martin Scorsese, por ejemplo, han reconocido el impacto que le dejó la lectura del libro de Dee Brown y la motivación que le despertó para una indagación bibliográfica ulterior. “Después de leer Entierren mi corazón en Wounded Knee, comencé a investigar en los archivos del Congreso de Washington sobre aquella misión –ha afirmado el artista-. Descubrí que un regimiento del ejército decidió sin ninguna orden expresa por parte de sus superiores, atacar al poblado indio en Wounded Knee”.¹⁴ Véase entrevista concedida a Eric Fratini el 26 de abril de 2000, publicada en CINE. El Correo Digital (www.elcorreodigital.com)

“Cuando los primeros colonos llegaron a Norteamérica a comienzos del siglo XVIII, se encontraron una tierra sin explorar pero que de ninguna manera estaba deshabitada. La mayoría de los estudiosos coinciden en que los mal llamados <indios> descienden de los inmigrantes mongoloides que llegaron de Siberia por el Estrecho de Bering hace al menos treinta mil años. Desde Alaska, se desplegaron lentamente a lo largo y ancho de América. En 1600 había quizás un millón y medio de indios en lo que ahora se conoce como Estados Unidos. Aunque compartían rasgos físicos comunes –pelo negro, pómulos pronunciados y piel tirando a cobriza--, sus culturas eran muy variadas. Algunas tribus eran nómadas, otras, sedentarias; algunas eran pacíficas, otras guerreras; algunas vivían en wigwams de cortezas, otras en tipis de piel y otras más en cuevas de adobe o piedra en los barrancos. Había más de seiscientas lenguas indias diferentes. (...) las tribus de Norteamérica eran relativamente primitivas. No conocían la rueda, el caballo, los utensilios de cocina metálicos o las armas de fuego. Así pues, tenían mucho que aprender del hombre blanco, pero también tenían mucho que enseñarle a su vez: por ejemplo, cómo cultivar el maíz o cómo cultivar, curar y utilizar el tabaco. A pesar de su dependencia mutua, las relaciones entre las razas pronto iban a seguir un modelo de hostilidad. Los hombres blancos no comprendían ni apreciaban una cultura politeísta (y por ello a sus ojos <pagana>) para la que el concepto de propiedad privada de la tierra no era sólo ajeno sino repugnante. Las diferencias culturales alimentaron la fricción, las escaramuzas y luego la guerra abierta. Al final, los indios no pudieron competir con una tecnología muy superior a la suya, mientras que los intrusos, con todas sus intenciones declaradas de convertir a los indios al cristianismo, veían a las tribus esencialmente como un obstáculo que había que superar o hacer desaparecer, junto con otros peligros de las tierras vírgenes. La mayor parte del relato del trato otorgado por el hombre blanco al indio es un triste recuento de quienes no se dejaron engatusar, sobornar o intimidar para renunciar a su patrimonio. Durante un período de tres siglos de presión blanca implacable, las enfermedades y el alcohol del hombre blanco desmoralizarían a los indios, destruirían su cultura y les robarían hasta el sentimiento de identidad. En 1900, cuando los blancos se habían extendido por todo el continente, quedaban ya menos de 250,000 indios en los Estados Unidos, la mayoría recogidos en reservas, crónicamente pobres, enfermos y desorientados. El legado casi único de su presencia era el nombre de algunos lugares: de los cincuenta estados actuales, cerca de la mitad tienen nombres de origen indio”.¹⁵

¹⁵ Maldwyn A. Jones, **Historia de Estados Unidos 1607-1992**, Ediciones Cátedra S.S., Madrid 1996, p.11.

Como complemento, valdría la pena siquiera mencionar las crecientes tensiones que con posterioridad a la guerra civil, y específicamente a partir de 1866, profundizan el conflicto entre el gobierno norteamericano y las tribus indias. El primero de abril de ese año, el Congreso de los Estados Unidos otorga la igualdad de derechos a todas las personas nacidas en los límites de sus Estados, excepto a los de origen indio, que son explícitamente excluidos. Asimismo, faculta a la presidencia de la nación para utilizar al ejército, en función de que haga valer e imponga dicha decisión. Unos meses después, hacia mediados de 1866, la ofensiva federal se desata con las fuerzas de la caballería, con gran número de tropas y armamento, que bajo el mando del Coronel Henry Carrington se empeñan en la construcción de numerosos fuertes e invaden los territorios de las praderas ocupados por los indios. Esa es la etapa en que, de manera desembozada, quedan al descubierto las verdaderas intenciones del gobierno estadounidense, encaminadas a abrir los territorios indios al acceso de los colonos blancos, en un definido afán expansionista, que daba continuidad a los propósitos de similar esencia, practicados contra las tierras mejicanas.

En 1887, la ley Dawes establecía la división de las tierras de las reservas indias en posesiones individuales y familiares, lo que debilitaba la estructura tribal.

Otro relevante hito, en ese contexto, lo constituye la decisión del Congreso, en marzo de 1899, de dividir lo que hasta entonces sería la gran reserva sioux en seis pequeñas reservaciones, separadas unas de otras. Antes de que concluya ese año, el territorio de Dakota del Sur se convierte en un nuevo Estado de la Unión, lo cual provoca, como era de esperar, una aguda reacción defensiva por parte de los indios. Así, la ideología y la política del despojo se materializan en un nuevo paso en la escalada expansionista hacia el Oeste. El proceso, por supuesto, no puede ser más enconado, conflictivo y hostil. Se trata de una dramática guerra, en la que se enfrentan indios y blancos, los pobladores originarios de las tierras de América del Norte y los colonizadores foráneos.

Como ya se mencionó, al amanecer del 29 de diciembre de 1890 es arrasado el campamento indio en Wounded Knee. Dee Brown se refiere al hecho, en el último capítulo de su libro, de manera elocuente:

“En los primeros segundos de violencia, el tiroteo de las carabinas fue ensordecedor, llenando el aire con humo de pólvora. Entre los moribundos que yacían diseminados sobre el suelo estaba Pie Grande. Luego hubo un breve intervalo de silencio en el tableteo de las armas, mientras pequeños grupos de indios y soldados luchaban cuerpo a cuerpo, usando cuchillos, palos y pistolas. Como muy pocos de los indios tenían armas, pronto tuvieron que huir y entonces las grandes Hotchkiss en la loma abrieron fuego sobre ellos; estas armas disparaban casi un proyectil por segundo; barrieron el campamento indio, hicieron trizas las tiendas con sus proyectiles y mataron hombres, mujeres y niños (...) muchos de los heridos huyeron arrastrándose para morir después. Un estimado calculó el total de muertos en un número muy cercano a los 300 de los 350 hombres, mujeres y niños que eran originalmente. Los soldados sufrieron una pérdida de 25 muertos y 39 heridos, la mayoría de ellos alcanzados por sus propias balas o metralla”.¹⁶

Si bien con Wounded Knee se selló una etapa, el drama y la lucha de los indios nativos norteamericanos prosiguieron, como se sabe, a lo largo del siglo XX, en la medida en que el confinamiento de su vida a la reservaciones pisoteaba derechos humanos elementales y amputaba su dimensión cultural, prolongando y reproduciendo la historia de humillación y explotación, y en que la voluntad y la voz del indio continuaron sus reclamaciones. Un par de ejemplos ilustran estas realidades. Por un lado, las demandas que en 1969 lograron que la isla de Alcatraz, situada ante la bahía de San Francisco, California, patrimonio indio, famosa por mucho tiempo a causa de la penitenciaría allí construida, fuese evacuada y entregada. Entre los objetivos planteados por el movimiento indio, se pretendía instalar un museo que exhibiera los logros y miserias de su historia, donde se resaltara la masacre de Wounded Knee. Por otro, la ocupación por cientos de indios y seguidores, de la reservación de Pine Ridge, es decir, de la

¹⁶ Dee Brown, **Entierren mi corazón en Wounded Knee**, Op. Cit. pp. 457-458.

misma localidad de Wounded Knee, en febrero de 1973. Con esa acción reivindicativa de desobediencia civil, llena de simbolismo y de sentido de denuncia, el Movimiento Indio Americano exigía que el gobierno suspendiera los actos de hostigamiento y violencia contra sus miembros, pedía el respeto a los tratados de autodeterminación y protestaba por la explotación económica de sus tierras. Por más de 70 días hombres y mujeres indios resistieron el estado de sitio. El gobierno estadounidense envió al ejército armado con blindados, municiones, explosivos, granadas, helicópteros, promoviéndose luego una ola de violenta represión contra la población india. Uno de los líderes de dicho movimiento, el activista de origen sioux Leonard Peltier, fue apresado algún tiempo después y condenado injustamente, guardando prisión durante más de veinte años. Cualquier similitud con situaciones posteriores parecidas, en las que el hegemonismo imperial intenta silenciar, ahogar y aplastar la dignidad y vocación de lucha de aquellos que se rebelan y simbolizan, con dedo acusador, la decisión de mantenerse en pie de guerra ante la injusticia y la opresión --como la injusta condena a los cinco patriotas cubanos que guardan prisión hoy en cárceles de los Estados Unidos— no es casual. Es expresión de la misma perversión con que se sometió a los pueblos indios y se les masacró en Wounded Knee.

El despliegue del genocidio durante la guerra en Kosovo, a partir de 1999, y la utilización en ese marco del escandaloso concepto de **limpieza étnica** provocaron una amplia y emotiva reacción mundial de rechazo ante la impunidad, cinismo e inconsciencia con que se masacraba a la población serbia en la antigua Yugoslavia, con la anuencia norteamericana. Sin embargo, como experiencia histórica, queda claro que no se trataba de una práctica novedosa. Las políticas de depuración étnica se habían aplicado mucho antes, en distintas latitudes y épocas, contra grupos humanos que han sido objeto reiterado, como los indios y los negros, en el caso de los Estados Unidos, de explotación, sumisión, olvido, de intolerancia, racismo, marginación, exclusión, genocidio, manipulación política, tergiversación ideológica, destrucción cultural. La paradoja, cuando se examina la brutalidad y barbarie que ha caracterizado el tratamiento discriminatorio de esos dos grupos humanos, como se comentaba ya antes en este ensayo, es que uno

de ellos fue llevado al territorio norteamericano en contra de su voluntad, violentado, maniatado, capturado, apresado, esclavizado y posteriormente segregado, considerado como un elemento extraño, ajeno, rechazado; en tanto que el otro estuvo siempre allí, incluso antes, de la llegada de los que luego se impondrían como si fuesen los auténticos y originarios pobladores, y fue igualmente maltratado, además de despojado de posesiones y derechos, y prácticamente extinguido. No hay lugar a dudas. Por encima de otras motivaciones y razones, el racismo sobresale como común denominador en esa historia de violencia y opresión, que aún perdura y se extiende a otras comunidades de origen inmigrante, que conforman el complejo mosaico multicultural, multiétnico y multirracial de la sociedad estadounidense.

III. La Cultura Política de la Violencia y la profundización de la Intolerancia en la etapa de consolidación hegemónica de Estados Unidos.

La década de 1950 es el marco en el cual cristalizan en Estados Unidos diversos efectos de la conclusión de la segunda guerra mundial. Se consolida el clima de guerra fría, la ideología y estructuras de la seguridad nacional, se afianza el llamado complejo militar-industrial norteamericano. Un hecho que acaparó la atención mundial simboliza, como en su momento lo fué Wounded Knee, la visceral intolerancia de la ideología de la clase dominante, la capacidad de injusticia de que era capaz el gobierno de dicho país. El 19 de junio de 1953 se llevó a cabo por la administración Eisenhower la ejecución de los Rosenberg en la silla eléctrica, en medio de aquella atmósfera de represión y violencia, presentada bajo el pretexto del anticomunismo, durante el tristemente célebre período del macarthismo. Ese negro capítulo en la historia de los Estados Unidos renace peligrosamente años después, en la década de 1980, bajo la conservadora administración Reagan, y se reaviva con perfiles aún más amenazantes al calor del reaccionario gobierno actual de George W. Bush. Esta tendencia se acrecienta, sobre todo, dentro del clima retrógrado y oscurantista que se desata a

partir del 11 de septiembre de 2001, a lo cual se hacía referencia al inicio del presente ensayo¹⁷.

Desde el punto de vista sociopolítico, el contexto interno de la sociedad norteamericana durante el decenio que sigue a la culminación de la segunda conflagración mundial se caracteriza, en líneas generales, por un afianzamiento de los valores fundamentales que integran la ideología, la psicología y la cultura política extendidas en dicha sociedad mediante los mecanismos institucionales de su clase dominante. En ese sentido, las condiciones históricas asociadas al floreciente capitalismo monopolista estadounidense de postguerra, propiciaban la profundización de una cosmovisión inspirada en una mezcla de las tradiciones no antagónicas de los padres fundadores, --las vertientes de Hamilton y Jefferson, la federalista y la republicana--, que acercaría cada vez más a liberales y conservadores, a demócratas y republicanos, en esa suerte de patrimonio común, conocido como el “credo” norteamericano, ya examinado en anteriores epígrafes. De manera específica, la década de 1950 --escenario de la tragedia de los Rosenberg--- presenta como telón de fondo la consolidación de una estructura socioclasista en correspondencia con el imperialismo contemporáneo, producto de lo cual, en las condiciones peculiares de los Estados Unidos, tiene lugar un fenómeno dinámico relevante: además del desarrollo cualitativo y cuantitativo de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista (la burguesía y la clase obrera), la esfera de los servicios cobra tal auge que las llamadas capas medias, los “cuellos blancos”, proliferan al punto que se sobrevalora con frecuencia su lugar y papel en buena parte de la historiografía, la sociología y la ciencia política norteamericana.¹⁸ Sin pretender terciar en este debate, lo que interesa destacar aquí es el hecho de que, por su fisonomía socioeconómica histórica, este numeroso sector socioclasista alimentará una visión del mundo muy ligada a la óptica de la pequeña y gran burguesía de los Estados Unidos, lo se cual se traduce en la consolidación de un acentuado conservadurismo, que satura el clima

¹⁷ Véase **El Mensaje del 11 de Septiembre**, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, en especial los artículos de James Petras, Noam Chomsky y Adolfo Gilly.

¹⁸ Cf. Charles Wright Mills, **Las clases medias en Norteamérica (White Collar)**, Ediciones Aguilar, Madrid, 1957, y Nicos Poulantzas, **Poder Político y clases sociales en el Estado capitalista**, Editorial Siglo XXI, México, 1972.

ideológico doméstico. Dentro de este ámbito, los valores del denominado “credo” norteamericano se enarbolan con beligerancia, convirtiéndose en instrumentos reaccionarios que mezclan de modo ecléctico concepciones del pensamiento conservador clásico con otras vertientes muy afines, como las ideas de derecha radical¹⁹.

Esto fertiliza el terreno para el florecimiento del fenómeno político-ideológico conocido como macarthismo, cuyo significado es sumamente conocido en la historia de los Estados Unidos. Sin embargo, no sería ocioso retener su relevancia como fenómeno dinamizador del sentimiento conspiratorio, ya existente en la sociedad norteamericana, y la amplificación del mismo al argumentar una visión de la nación cual “fortaleza sitiada” por fuerzas malignas, representadas por la “amenaza comunista”. En este punto, entronca la percepción de la política exterior, orientada hacia lo que se llamó la **contención**, piedra angular del clima de guerra fría que predominaba y se entrelazan el enfoque ideológico legitimador, al interior del país, de la pertinencia de un tratamiento intolerante y represivo a las fuerzas comunistas .—supuestas portadoras de la amenaza---, bien en su expresión en calidad de Estados, en la arena internacional, bien en su manifestación como partido o movimiento social dentro de la sociedad norteamericana. Así, el desarrollo de una política exterior contencionista, avalada por George Kennan y otros ideólogos, se complementa y configura una unidad con la política de represión y persecución al movimiento comunista y progresista interno, alentada por el mencionado macarthismo²⁰.

Este proceso retoma antecedentes ya visibles en la década de 1920, de profunda proyección antirradical, racista y xenófoba por parte del gobierno estadounidense, y de finales de los años de 1930 y comienzos de 1940, cuando la intolerancia ya alcanzaba expresiones agudas²¹. El mismo transcurre, como ya se

¹⁹ Véase Allen Hunter, “Entre bastidores: ideología y organización de la nueva derecha”, en: Revista Mexicana de Sociología, UNAM, México, No. Extraordinario, 1981; Jesús Velasco Grajales, “Tendencias ideológicas de la nueva derecha”, en: **Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana (Cuadernos Semestrales)**, CIDE, México, No. 19, 1986; Paz Consuelo Márquez Padilla, “Tendencias conservadoras en Estados Unidos”, en: **Estados Unidos y Canadá: ¿Signos conservadores hacia el siglo XXI?** CISAN-UNAM, México, 1999.

²⁰ Remiktir a cedric belfrage

²¹ citar alusiones a ambos.....

indicó, en el decenio de 1950 bajo circunstancias históricas que contrastan con la regularidad con que suelen aparecer los movimientos de derecha radical y en general, los brotes de conservadurismo activo, en el sentido de que, a diferencia de la tendencia que asocia el surgimiento de éstos a climas de crisis, el macarthismo emerge en un período de expansión económica y social. La explicación radica en la necesidad objetiva del imperialismo norteamericano de imprimirle legitimidad a la consecución de sus metas internacionales, lo cual revela la dialéctica de las relaciones entre la política interna y la exterior: esto es un caso en el que la política exterior, al condensar los intereses hegemónicos esenciales del imperialismo, condicionan la tendencia ideopolítica prevaleciente en el contexto interno. Este escenario ha sido descrito, didácticamente, del modo siguiente:

“el período de postguerra presenció el resurgimiento de las fuerzas conservadoras y derechistas. Cuando antes se luchaba contra el fascismo identificado con la derecha, ahora se luchaba contra el comunismo identificado con la izquierda. Y así como los comunistas lograron obtener considerable influencia durante el período de ascendencia liberal, ahora los extremistas de derecha lograron respetables avances durante el resurgimiento conservador. Los conservadores y la extrema derecha habían pasado la ofensiva. El sistema de “libre empresa” que daba pleno empleo, era legítimo de nuevo. Los grupos liberales se sintieron en una posición política débil y emprendieron la batalla defensiva, tratando de conservar sus conquistas de los treintas, no de extenderlas; Partido Republicano fue incapaz de ganar las elecciones presidenciales en 1948. las diversas corrientes de la vida norteamericana aún no se habían fundido con propósitos políticos, la reacción del conservadurismo económico, urbano y agrario contra las reformas sociales del Nuevo Trato no se mezcló con la inquietud de la población general que aún tenía interés fundamental en aquellas reformas sociales. Fue el senador Joseph McCarthy el que, según opinión aceptada, hizo un solo “paquete” para atraer aquellos elementos tan heterogéneos de la población, personificando sus temores en nombre del anticomunismo (...) Para el McCarthismo, el enemigo era una ideología: el comunismo (...) El comunismo estaba siendo utilizado como la gran referencia general por la cual identificar el organismo de las malas intenciones y el mal carácter del mundo”²².

²² Seymour Martin Lipset y Earl Raab, **La política de la sinrazón**, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 245.

Es importante retener el impacto profundamente anticomunista con el que el macarthismo marca en el orden sociopolítico e ideológico a Estados Unidos, puesto que es a partir de la generalización de ese impacto, al nivel global de esa sociedad, que puede hablarse de un consenso de política exterior que coloca la protección de la “seguridad nacional” --supuestamente amenazada por el comunismo— como cuestión medular. Las concepciones que se desarrollan al respecto, por consiguiente, no solamente reflejan imperativos del sistema político norteamericano, en las condiciones del imperialismo, sino que resultan viables en la medida que se interiorizan y se crean estructuras oficiales y oficiosas que permiten el tránsito de su posibilidad a su realidad.²³

En el plano institucional la ley de seguridad nacional aprobada por el presidente Truman en 1947, sería el extremo del **iceberg**, que de modo visible amparaba el desarrollo de las concepciones de “seguridad nacional”. La formación del consenso anticomunista esbozado llevaba consigo la necesidad ---como convicción de la clase dominante-- del estado dual o paralelo: la idea de dos Estados que existiesen simultáneamente, pero que respondiesen a funciones diferentes, según las tradiciones de la ciencia política. En los Estados Unidos, según convienen diversos especialistas, el surgimiento de lo que se podría denominar así se ubica justamente en el período de la segunda potsguerra, y su estructura y funcionamiento se dirigirían al desempeño de acciones encubiertas, presuntamente necesarias para la defensa de la “seguridad nacional”, ejecutadas por el amplio aparato institucional que, legalizado en 1947, interrelacionaba las distintas instancias vinculadas a dicha seguridad. Se trataba de lo que los otros autores llamaron “gobierno invisible”, cuya vigencia se mantiene en nuestros días, a pesar de la decadencia que se le atribuye a partir del escándalo Watergate en la década de 1970, o del “otro Estado”, como también se le calificó: el Estado de seguridad nacional”.²⁴

²³ Ver Arthur M. Schlesinger, **La política de la libertad. El centro vital**, Ediciones Dopesa, Barcelona, 1972.

²⁴ Ver David Wise y Thommas Ross, **The Invisible Government**, Vintage Books, N.Y., 1974 y Alan Wolfe, **Los límites de la legitimidad**, Editorial Siglo XXI, México, 1980-

Con el fin de profundizar en este ángulo del problema, es conveniente insistir en el papel ideológico que juega en ello el anticomunismo, y en su justo lugar en la sociedad estadounidense:

“Sin duda, una cierta veta de anticomunismo había existido siempre en Norteamérica, aún antes de que hubiera comunistas: lo novedoso del período posterior a la segunda guerra mundial fue que una opinión, entre muchas, se convirtió en un consenso, uno entre uno. Cuando el anticomunismo se transformó de una opinión en una religión, se había creado una excusa para la revocación de los valores democráticos (...) la atmósfera resultante contribuyó a la creación de un sentimiento de crisis perpetua que hacía de la afirmación de nociones como libertad de expresión y autodeterminación algo anticuado (...) el imperio(...) parecía estar derrumbándose en una atmósfera de postguerra de autodeterminación nacional. En este punto es importante la retórica de la seguridad nacional. Aunque la constante reiteración del lenguaje de la seguridad nacional ha llevado a algunas personas a describir el gobierno de postguerra como el Estado de seguridad nacional, en realidad los más propensos a hablar de seguridad son los más inseguros, y lo que emergió después de la segunda guerra fue en verdad el Estado de inseguridad nacional. (...) En una verdadera explosión de inseguridad, se atribuyó a los comunistas fuerzas que se hubieran querido tener personalmente. Y puesto que el secreto y la fantasía son las reacciones típicas de lo patológicamente inseguro, no es sorprendente que el acento enorme en la actividad clandestina se combinara con la retórica machista del espionaje para producir el rostro oculto del Estado dual. Lejos de ser una respuesta al surgimiento de Norteamérica como poder imperialista, fue la primera toma de conciencia importante de la decadencia de tal poder. El estado dual es un producto de la derrota y la limitación, no del triunfo y la expansión”²⁵.

Con independencia del grado de total coincidencia o discrepancia que se pueda tener en relación con la cita que se ha reproducido, lo cierto es que fija muy sugerentemente los nexos entre los tres puntales o columnas del trípode político-ideológico que interesa subrayar en el presente análisis: (i) el anticomunismo, (ii) la percepción de la “seguridad nacional” y de la amenaza, y (iii) el Estado dual, como fenómeno político en el que se vertebran las dos líneas anteriores. La idea gráfica que aquí se sugiere, relativa a la existencia de una máquina oculta y entretejida con las estructuras formales del gobierno, y en general, del sistema

²⁵ Alan Wolfe, ob. Cit., p. 86.

político, refleja una realidad, aún cuando se discrepe, como enfoque teórico, de principio dual implicado. Las actividades de la CIA y más ampliamente, de la comunidad de inteligencia en los Estados Unidos son sobradamente conocidas e incluso vigentes. Una ágil pase de revista lleva, por ejemplo, al escándalo provocado por la divulgación y el conocimiento mundial de la venta ilegal de armas a Irán y el desvío de los fondos obtenidos para el financiamiento de las bandas contrarrevolucionarias en Nicaragua, casi finalizando el segundo mandato de la administración Reagan, en la década de 1980, se suma a un expediente voluminoso de acciones encubiertas (y descubiertas), que reflejan un quehacer político que no siempre discurre por el circuito oficial y público de decisiones políticas. En el enfrentamiento al movimiento por los derechos civiles, en el asesinato de líderes negros norteamericanos, en la desestabilización de procesos políticos en América Latina y en Africa, en la prolongada guerra contra Cuba, por ejemplo, se encuentran muestras no menos elocuentes.

A lo largo de casi todo el largo período de la guerra fría, hasta 1989, el contexto sociopolítico interno en los Estados Unidos continuaría marcado por la constante ideológica del anticomunismo (generalmente asumido desde un enfoque más amplio y maniqueo, que lo ligaba a toda manifestación de radicalismo, ideas revolucionarias, posiciones progresistas, es decir, a todo proceso antisistémico o contrahegemónico a las estructuras del imperialismo norteamericano), aunque con matices en su expresión, que sólo en determinadas ocasiones alcanza expresiones semejantes a las del macarthismo.

Estos reacomodos políticos, sin embargo, no deben conducir a interpretaciones erróneas, como aquellas que pueden llevar a una visión superficial de fenómenos manifiestos, evidentes, visibles, y desconozca tendencias latentes, ocultas, subterráneas, con las que se ha concebido, a veces, la década de 1960, la tolerancia interna de la administración Kennedy, los tiempos del llamado “capitalismo de bienestar” o del “Estado benefactor”; o a entender como novedosas, como apartamientos casi inexplicables de las pautas tradicionales, coyunturas de ascenso coherente del conservadurismo, de las concepciones y

prácticas de extrema derecha, como las de los años de 1980, en la era intolerante del gobierno de Reagan.²⁶

Los viejos tiempos de la “cruzada” anticomunista, de la “cacería de brujas”, en línea con el macarthismo, que apelaban al populismo nativista, al racismo, la xenofobia y a otras aberraciones integradas al referido “credo” norteamericano, que renacieron durante el reaganismo, no representaban, por tanto, una contracorriente en las tradiciones político-ideológicas de los Estados Unidos. Como parte del tejido socioclasista y cultural de esa nación, nunca han abandonado la escena, si bien se han expresado en determinadas épocas con menor estridencia y espectacularidad. Como ya se ha señalado, esa atmósfera represiva, intolerante, violenta, reaparece hoy, en el siglo XX ---a pesar de que ya no existe el sistema socialista mundial ni la Unión Soviética, y de que no puede hablarse de una “amenaza” comunista--, más allá de las ilusiones con que no pocos analistas políticos, periodistas y académicos, miraron el triunfo de Clinton, en las elecciones de 1992, asumiendo con optimismo lo que creyeron era el “fin de la era conservadora”, simbolizada en el doble mandato de Reagan y en el presidente George Bush, padre.

IV. (In)justicia Infinita: Intolerancia y Cultura Política de la Violencia en el Siglo XXI.

La llegada a la Casa Blanca del otro presidente con igual nombre, luego del desgastante proceso electoral del 2000, con una imagen cuestionada, con un liderazgo atrofiado, carente de legitimidad, daría inicio a una nueva etapa, la que sin embargo, de alguna manera ya estaba prefigurada o anticipada con los últimos tiempos de Clinton. La política norteamericana se endurecía y se avizoraba una recesión económica. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 fueron el nuevo punto de inflexión para un viraje conservador, que colocaba la intolerancia, el racismo, la xenofobia, el clima antiinmigrante, en la orden del día de la política interna. Los aires del macarthismo se renovaban. El pretexto ya no

²⁶ Véase Arthur M. Schlesinger Jr. **Los ciclos de la historia americana**, Editorial REI, Argentina, S.A. 1990.

sería, claro está, el anticomunismo, sino la lucha contra el terrorismo, un enemigo sin rostro. Tiempos de represión y violencia se entronizaban, una vez más...

El amañado proceso judicial que se llevó contra los Rosenberg es la piedra angular, si se quiere, para asomarse a otras experiencias, en las cuales tampoco se presentaron evidencias, pruebas. Recuérdese, en ese sentido, el caso de Mumia Abu-Jamal, cuya pena de muerte sería obstaculizada por las reacciones de denuncia y protesta del movimiento popular mundial. Como diría sobre este particular Robert, el hijo de los Rosenberg, más allá de la convicción que alguien pudiera tener respecto de la inocencia o culpabilidad de Mumia, el juicio fue tan parcializado y construido como farsa que no probaba nada.²⁷

Salvando las necesarias y reales distancias históricas y circunstanciales, hechos de estos últimos años, como el encarcelamiento en 1998 de los cinco patriotas que sufren injusta condena en prisiones federales de los Estados Unidos, bajo falsos cargos de “conspiración por espionaje”, repiten situaciones definidas por la misma injusticia, por similares codificaciones ideológicas, por idénticas manipulaciones, por iguales objetivos. Se reedita un marco como el que llevó a los Rosenberg a prisión, primero, y a la muerte, después, y de manipulaciones judiciales similares a las sufridas por Mumia o por el dirigente indio Leonard Peltier. Esos hechos hacen patente, a la vez, la naturaleza reaccionaria de fuerzas políticas norteamericanas de extrema derecha, y el carácter antidemocrático de muchas estructuras del sistema político de los Estados Unidos, emparentadas ambas con los sectores más poderosos de extrema derecha de la emigración cubana, de esa mafia articulada a través de organizaciones del pretendido exilio cubano ---no menos reaccionario y antidemocrático.

. Como bien puntualizaba Carlos Rafael Rodríguez, al referirse al día en que los Rosenberg morían en la silla eléctrica, “mientras miles de norteamericanos rodeaban, en manifestación de estéril protesta, la Casa Blanca, el presidente Eisenhower confirmaba una vez más los trazos abominables del imperialismo norteamericano (...) Julius y Ethel Rosenberg murieron porque los protagonistas del macarthismo creían —ciegos ante la historia— que su muerte

²⁷ Citado en **Revolutionary Worker On Line** No. 964, July 5th, 1998.

iba a servir para acobardar a quienes en Estados Unidos no se resignaban a continuar soportándolos”.²⁸ Sin duda alguna, el presidente George W. Bush ratifica, casi cincuenta años después, esos mismos trazos.

El círculo vicioso descrito, no obstante, no debe asumirse como una inevitable tendencia cíclica, o con un sentido de linealidad histórica. La complejidad que caracteriza el proceso que comienza con la colonización de las originales trece colonias de Norteamérica, que da lugar a la revolución de independencia, a la formación de la nación, que se prolonga luego en la guerra de secesión, en la reconstrucción, la revolución industrial, el tránsito al imperialismo, el surgimiento del movimiento obrero, que incluye la recepción de sucesivas oleadas de inmigrantes de casi todas las partes del mundo, la gran depresión de los años de 1930, el llamado “nuevo trato”, las secuelas de las dos guerras mundiales, la formación del conocido complejo militar-industrial, que abarca el despliegue de la carrera armamentista, el intervencionismo de política exterior, el impulso a la guerra fría, la estrategia de contención al comunismo y se extiende hasta el presente, en que el gobierno actual de los Estados Unidos redefine, como ya se ha dicho, los supuestos peligros a su seguridad nacional (ya no en términos de la “amenaza comunista”, sino de la supuesta lucha contra el terrorismo internacional, a través de la operación “**Justicia Infinita**”), todo ello, no es un proceso histórico lineal. En él se conjugan, de manera zigzagueante, valores progresivos y regresivos, avances y retrocesos, momentos de luz y de sombras. La historiografía ha establecido que en la trayectoria política y cultural de los Estados Unidos, algunos de ellos, como los relacionados con el sentido de la democracia, la libertad, los derechos humanos y la justicia, tal y como son formulados por las tradiciones y la retórica de los padres fundadores, se relativizan y se niegan, a menudo, a partir de su contrapunteo con las acciones y declaraciones de gobiernos posteriores.

Este ha sido el caso, si se quiere, del lugar y papel de las tendencias conservadoras en general, y de extrema derecha en particular, dentro de la vida política y la sociedad norteamericanas, con frecuencia manifiestas y visibles en

²⁸ Carlos Rafael Rodríguez, “Prólogo”, en este mismo libro.

reacciones de intolerancia, como las tratadas con anterioridad, y en otras ocasiones latentes y sumergidas, aunque lamentablemente, no desaparecidas del mapa político-ideológico en Estados Unidos. Esa cultura de la violencia se superpone o solapa con las concepciones de seguridad nacional como las invocadas al calor del 11 de septiembre de 2001, que se manipulan para justificar, por el gobierno de George W. Bush, la agresividad de ***“Justicia Infinita”***.

Las concepciones de seguridad nacional de Estados Unidos están fuertemente enraizadas en la historia de ese país, anticipadas y entrelazadas en tradiciones inherentes al desarrollo peculiar de la nación, y en particular, a la evolución de las estructuras y relaciones de la sociedad capitalista que comienza a forjarse, prácticamente, en la época colonial y se consolida con fuerza a partir de la guerra de independencia. En la medida que la sociedad norteamericana, como ya se ha dicho, sólo ha conocido, desde entonces, el modo de producción capitalista, ello explica la definida presencia de dichas ideas en la contemporaneidad, el relativo consenso que impera en la conciencia de masas --y no sólo en la clase dominante-- acerca de su legitimidad y vigencia.

Tales concepciones, si bien cobran formalización dentro del pensamiento político estadounidense en el contexto de la segunda postguerra, al punto que se les atribuye estatus de doctrina, estaban prefiguradas como nociones, ya que no como conceptualizaciones, desde mucho antes, encontrándose en cierto modo implícitas, inclusive, en el ideario de los “padres fundadores”. Desde el ángulo de la historia contemporánea, es en el marco que sigue a la segunda guerra mundial que la supuesta defensa de la seguridad nacional se hace sentir, objetivamente, como necesidad histórica del imperialismo norteamericano y en especial, del capitalismo monopolista de Estado, al devenir el país potencia hegemónica en la arena mundial. De ahí la importancia que adquieren, como nutrientes de las concepciones de seguridad nacional, los factores económicos, sociopolíticos e ideológicos que articulan el contexto interno norteamericano posterior a 1945, así como la influencia de factores internacionales específicos, que encontrarán canales de expresión y despliegue a lo largo de medio siglo.

Como función de la hegemonía, la seguridad nacional de Estados Unidos, al operar ideológicamente en un plano de legitimación interno, y en otro, de apuntalamiento doctrinal de la política exterior, sirve de manto a conceptos interrelacionados, como los de nación, Estado nacional, interés nacional, unidad nacional, que encuentran aplicación, vigencia y condiciones de implantación incluso en otros países y alejadas regiones, sobre los cuales proyecta su silueta, supuestamente la seguridad nacional de Estados Unidos. Esto se deriva de la amplitud, elasticidad, de la funcionalidad que como “sombrija”, poseen las referidas concepciones de seguridad nacional. En realidad, se trata de una noción resbaladiza, de una etiqueta de usos múltiples y universales, para connotar cualquier situación, interna o externa, que requiera la acción inmediata, priorizada, violenta, militar, costosa en términos humanos, económicos o políticos, por parte del gobierno norteamericano. Desde el punto de vista externo, el concepto en realidad posee una connotación transnacional, en el sentido de que se insertan en ella escenarios del llamado Tercer Mundo, en los que Estados Unidos lo que defiende, en rigor, no es su seguridad nacional, sino su hegemonía. Desde el ángulo interno, el concepto también se utiliza con gran diversidad y movilidad, para justificar cualquier atmósfera represiva, paranoica e histórica.

Quizás lo más complejo y peligroso de tales concepciones sea el hecho de que ellas desbordan el marco estrecho de la ideología política imperialista (entendida como representación teórica clasista de intereses y proyecciones de la oligarquía financiera y grupos de poder hegemónicos) y su expresión consciente al nivel de la conciencia de clase. Se extienden o ramifican como parte de la cultura política en ese país, como resultado de un mecanismo psico-sociológico, expresándose con frecuencia, de manera inconsciente, en amplios sectores de la sociedad norteamericana de la mayor diversidad clasista. Esto es lógico, toda vez que la burguesía monopolista ejerce su poder más allá de las relaciones económicas, estableciendo su hegemonía a través de la efectiva maquinaria de los medios de difusión masiva, expandiendo el núcleo de su ideología política hasta los más diversos e intrincados rincones de la cultura.²⁹ La paradoja es que lo que se

²⁹ Marx Engels. Gramsci, aparatos ideológicos del Estado.

presenta habitualmente como seguridad nacional no lo es tanto, sino más bien de lo que se trata es de la seguridad de la clase dominante --o de sectores de ella--, manipulada como interés común de toda la nación. La racionalidad con la cual se ha pretendido justificar la intervención en Afganistán o se intenta legitimar la agresión a Irak refleja, justamente, ese presupuesto.

Esa lógica de intolerancia y violencia, por supuesto, puede ser extendida y aplicada a los países que integran el supuesto "**eje del mal**", y que son considerados como terroristas.

Sobre una racionalidad análoga tienen lugar los reajustes internos posteriores al 11 de septiembre de 2001, que refuerzan la centralidad del Presidente Bush y de la rama ejecutiva, con pleno respaldo legislativo. En ese marco, se amplían, por ejemplo, las prerrogativas federales para combatir el terrorismo, incluyendo el control de las comunicaciones mediante correo postal, teléfonos, fax, computadoras y vigilancia electrónica, con la consiguiente violación de derechos civiles y judiciales de los ciudadanos. Se le confieren poderes especiales a las agencias especializadas, como la CIA y al FBI, rescatándose viejas prácticas, supuestamente prohibidas desde finales de la década de los 70's y los 90's, como las de autorizar el asesinato de líderes extranjeros, enrolar en estas agencias a asesinos a sueldo, violadores de derechos humanos, e incluso a terroristas para la consecución de sus objetivos --paradójicamente-- en la "lucha antiterrorista"³⁰.

Como se ha señalado con razón,

"Al respecto se destaca la diferencia de que esta vez el concepto de seguridad no se da sólo en términos estratégicos para la potencia hegemónica, sino que se combina a la "seguridad personal y familiar" de cada uno de los ciudadanos estadounidenses, los cuales perciben que están amenazados por peligros no previsibles. Este nuevo elemento que se enlaza al tradicional concepto de seguridad le brinda aún más legitimidad a la presidencia respecto a las medidas que defina como esenciales tanto en el ámbito doméstico como internacional, tendiendo a

³⁰ Ver Soraya Castro.....

convertirse en un elemento que contribuye a redefinir nociones como las de terrorismo, interés nacional y otras afines, y que potencian la organicidad y coherencia al despliegue político y militar norteamericano en los próximos años”³¹.

El matiz planteado acerca de la nueva dimensión de la seguridad reviste gran importancia a la luz de la situación creada con posterioridad al 11 de septiembre de 2001, toda vez que posibilita fortalecer el consenso interno en la sociedad norteamericana para justificar la referida racionalidad de intolerancia y violencia que sustentan las medidas que el gobierno de Bush aplica tanto a escala doméstica como internacional, reforzando en ambos casos un ambiente represivo, sórdido, belicista.

De este modo, se confirma la tesis expresada al comienzo de este ensayo, concerniente a la implantación de esa racionalidad en la base de la cultura política nacional estadounidense, fijando y reproduciendo en torno a su núcleo ideológico clasista determinados componentes que se refuerzan mutuamente también a nivel psico-social, como ocurre, precisamente, con la intolerancia y la violencia³².

³¹ Soraya Castro.....

³² mas.....